

**Isabel Vega y Allen Cordero**  
**Editores**

**REALIDAD FAMILIAR  
EN COSTA RICA**  
**Aportes y desafíos desde las  
Ciencias Sociales**



306.85

R288r Realidad Familiar en Costa Rica. Aportes y desafíos desde las Ciencias Sociales / Ed. Isabel Vega y Allen Cordero. -- 1a. ed.-- San José: FLACSO - Sede Costa Rica - UNICEF - Instituto de Investigaciones Psicológicas de la Universidad de Costa Rica, 2001.

244 p. 21 x 14 cm.

ISBN 9977-68-114-7

1. Derecho de Familia. 2. Relaciones de familia. 3. Familia. 4. Familia - Aspectos sociales. I. Vega, Isabel. II. Cordero, Allen. III. Título.

Ilustración de la portada:

*Pasión (detalle del Muro de Pasión, 1995)*

*Pedro Arrieta (Costa Rica)*

Producción editorial:

*Mercedes Flores R.*

© Sede Costa Rica - FLACSO

---

Primera edición: Enero 2001

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales - FLACSO

Sede Costa Rica. Apartado 11747. San José. Costa Rica

# ÍNDICE

<b>PRESENTACIÓN</b>	<b>7</b>
<b>INTRODUCCIÓN</b>	<b>11</b>
<b>I. TESIS SOBRE EL DERECHO A LA CONVIVENCIA FAMILIAR Y EL PROCESO DE INTEGRACIÓN SOCIAL</b>	<b>21</b>
<i>Ludwig Guendel</i>	
<b>II. RESEÑA DE LA LEGISLACIÓN FAMILIAR EN COSTA RICA</b>	<b>31</b>
<i>Rita Maxera</i>	
<b>III. CIENCIA DE LA FAMILIA EN LA UNIVERSIDAD DE COSTA RICA: ¿UNA ASIGNATURA PENDIENTE?</b>	<b>39</b>
<i>Isabel Vega Robles</i>	
<b>IV: LOS RETOS QUE ENFRENTA LA FAMILIA DE CARA AL NUEVO SIGLO, DESDE LA PERSPECTIVA DE LOS NIÑOS Y LAS NIÑAS</b>	<b>59</b>
<i>Ana Teresa León S. – Irma Zúñiga León</i>	
<b>V: LA REIVINDICACIÓN DEL ODIO</b>	<b>85</b>
<i>Silvio Bolaños Salvatierra</i>	
<b>VI: LAS INVESTIGACIONES HISTÓRICAS SOBRE LA FAMILIA EN COSTA RICA: HACIA UNA HISTORIA SOCIAL CON PERSPECTIVA DE GÉNERO</b>	<b>105</b>
<i>Eugenia Rodríguez S.</i>	

<b>VII.</b>	<b>LA BASE SOCIAL Y POLÍTICA DE LA FAMILIA</b>	<b>131</b>
	<i>Allen Cordero</i>	
<b>VIII.</b>	<b>LOS ESTUDIOS SOBRE LA FAMILIA EN COSTA RICA: UNA MIRADA CRÍTICA DESDE LOS ESTUDIOS DE LA MUJER</b>	<b>155</b>
	<i>Laura Guzmán Stein</i>	
<b>IX:</b>	<b>LAS FAMILIAS CENTROAMERICANAS ANTE EL CAMBIO DE SIGLO</b>	<b>173</b>
	<i>Enrique Gomáriz</i>	
<b>X.</b>	<b>LAS FAMILIAS COSTARRICENSES EN EL CONTEXTO DEL NUEVO MILENIO</b>	<b>199</b>
	<i>Isabel Vega Robles</i>	
<b>XI.</b>	<b>CONSIDERACIONES EN TORNO A LA INVESTIGACIÓN SOBRE FAMILIA: RETOS Y PRIORIDADES</b>	<b>221</b>
	<i>Isabel Vega Robles</i>	
	<b>ACERCA DE LOS AUTORES</b>	<b>239</b>
	<b>INDICE</b>	<b>243</b>

## V

# LA REIVINDICACIÓN DEL ODIO

Silvio Bolaños Salvatierra

### INTRODUCCIÓN

Para el Occidente constituido por Europa y América, Heráclito de Éfeso (536-470 A.C.) es el padre de la epistemología recursiva, pues en su filosofía, la realidad era considerada como algo esencialmente móvil y fluyente, dado que pasaba constantemente de un estado a su contrario, mediante una lucha permanente (Gispert, 1987a:442). Aunque posteriormente tuvo otros seguidores en el hemisferio, por ejemplo, la filosofía hegeliana, el materialismo marxista-leninista y la epistemología cibernética, ninguna de estas corrientes de pensamiento ha podido neutralizar las influencias dicotómicas de las filosofías platoniana y aristotélica ni las del judeocristianismo. De la misma manera, la dialéctica recursiva de nuestros ancestros indígenas sucumbió al embate ideológico combinado con el de las armas de los colonizadores. Así es como nuestro hemisferio llegó a tener como emblema distintivo el dualismo.

Aunque en términos generales se puede afirmar que Oriente había sido en alguna medida afectado por la epistemología lineal y la ética inherentes al capitalismo occidental; es especialmente en las últimas décadas de este siglo, mediante la globalización de los mercados, cuando todo ese otro lado del planeta, predominantemente recursivo en su visión del universo, podría llegar a sufrir bastantes cambios

como resultado de la intensa aculturación asociada a las ideas occidentales de que *tener* es más importante que *ser*.

Pero, por otro lado, en nuestro hemisferio, somos testigos de la buena acogida y del reclutamiento creciente que obtienen las religiones y filosofías procedentes de Asia, tales como el budismo, el hinduismo, el taoísmo y otras más, entre los pobladores de este lado del mundo. Las razones de este comportamiento se encuentran, quizás, en la necesidad de respuestas frente a la soledad y a la infelicidad, frente a la incertidumbre que provoca el futuro, frente al desequilibrio ecológico y frente a la violencia autodestructiva, ante las cuales nuestra cultura parece mostrarse agotada en soluciones efectivas.

Para encontrar esas respuestas, sabemos que es indispensable realizar cambios epistémicos y metodológicos, y el más importante de ellos es, con toda seguridad, el recuperar las partes escindidas sin las cuales es imposible alcanzar una visión integrada de la realidad biopsicosocial del género humano que se proyecta hacia el nuevo milenio.

Pues, según nos dice Whitmont (1998:44), nuestra cultura occidental refuerza colectivamente hace mucho tiempo una patología originada por la represión y la escisión, y que por ello:

*...en vez de integrar razonablemente, el reino de la diosa –(un) reino de nacimiento y muerte–; (reprime) las corrientes dinámicas de la interioridad, las tendencias y las emociones. Reprime, asimismo, el dominio de Dionisio, del deseo, la alegría, la agresividad y la destrucción. Esto desemboca en una sensación general de despersonalización, frustración, resentimiento, odio, incapacidad de amar e insensibilidad frente a la humanidad propia y a la ajena.*

Es por esto, que en esta ponencia, me propongo compartir con ustedes algunas ideas para reivindicar el odio, dándole el relevante lugar que le corresponde en cualquier proyecto de cultura de paz tanto dentro de la familia como de las sociedades de este hemisferio.

## CONCEPTUALIZACIÓN

Pero sería inadecuado, metodológicamente, iniciar esta empresa sin considerar cuál es el concepto del odio que predomina en nuestra cotidianidad; y paralelamente, considerar también el concepto acerca del amor, pues, al ser contrarios, su recíproca relación dialéctica nos proporcionará un mejor panorama y mejores recursos para el entendimiento global del complejísimo problema que constituyen estos sentimientos para las interacciones humanas y en la arquitectura del tejido social y las bases de la cultura.

Según Gispert (1987b:II), el odio es una antipatía y una aversión hacia alguna cosa o persona cuyo mal se desea. El amor, según este mismo autor, es el afecto por el cual se busca el bien verdadero o imaginado para poder gozar de él; y también, el amor está constituido por un conjunto de fenómenos afectivos, emocionales y conscientes que vinculan entre sí a dos o más personas.

Para Aristóteles, en cambio, (1998:169), el odio era un contrario, absoluto y sistemático, del amor. Y probablemente, siguiendo a este filósofo, Pablo de Tarso, en la primera epístola a los corintios, operacionaliza radicalmente el antagonismo entre amor y odio, al crear una cadena de significaciones entre la paciencia, el servicio, el decoro, el desinterés, la justicia, la verdad, la esperanza, la fe, la perfección, la completitud, que encuentra vinculadas al amor; en oposición, de otra cadena de significaciones como el vacío, la envidia, la jactancia, el engreimiento, la irritación, el mal, la injusticia, la mentira, la impaciencia, la incompletitud, las cuales asocia al odio. Así son las palabras de Pablo:

El amor es paciente, es servicial; el amor no es envidioso, no es jactancioso, no se engríe; es decoroso; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra con la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta. El amor no acaba nunca. Desaparecerán las profecías. Cesarán las lenguas. Desaparecerá la ciencia. Porque parcial es nuestra ciencia y parcial nuestra profecía. Cuando venga lo perfecto, desaparecerá lo parcial (1 Corintios 13, 4-9).

Por otra parte, para el Concilio Vaticano II (1991:207), finalizado en 1965, en su constitución pastoral "Gaudium et Spes", el odio es uno de los tantos frutos del pecado original (la desobediencia), por lo cual antes de la misión de Cristo, los hombres se encontraban desunidos, en enemistad, en guerras, presas de la muerte y de la destrucción; pero por el acto de obediencia de Jesús, que le causara la muerte en la cruz, éste logró reconciliar en Dios a todos los hombres, reconstruyendo en un solo cuerpo la unidad del género humano al dar muerte a la muerte, al pecado y al odio en su propia carne. Por ello, la paz sobre la tierra, nacida del amor al prójimo, es imagen y efecto de la paz de Cristo que procede del Padre.

Otra muy diferente a estas concepciones es la presentada por Greimas (citado por Kornblit, 1984:92), quien basado en la teoría de Chomsky, redefine las estructuras profundas y superficiales en el contexto de la semántica. Las primeras, de naturaleza lógico-semántica, tienen como modelo básico la estructura elemental de la significación; y las segundas son, por el contrario, de naturaleza antropomórfica y se expresan como estructuras discursivas, siguiendo el modelo actancial. En esta ponencia, me concentraré en el modelo de la significación, dado que el actancial rebasaría los límites de esta exposición.

Según Greimas, la estructura elemental de la significación es un modelo sobre las articulaciones entre las relaciones lógicas básicas: contradicción, contrariedad y complementariedad. Aplicando esto a los conceptos contrarios que examinamos aquí, resultaría que la combinación de amor y odio daría lugar al complejo ambivalencia; que la combinación de los subcontrarios (no odio, no amor), daría lugar a la indiferencia; que las combinaciones de los complementarios, amor y no odio, daría lugar al vínculo libidinal amoroso; y que la combinación de odio y no amor, daría lugar al vínculo libidinal agresivo. Desde aquí podríamos plantear nuevas relaciones lógicas mucho más complejas, por ejemplo, la combinación del "no vínculo libidinal agresivo" con el "no vínculo libidinal amoroso", lo cual daría lugar a la *afánisis*, la cual significa desaparición del deseo sexual.

Estas dimensiones pueden ser examinadas en un nivel metacontextual aún más alto (coreográfico), como, por ejemplo, dentro de las relaciones familiares. Aquí, el cuadrado semiótico de Greimas estaría

constituido por dos ejes semánticos: 1. protección-desprotección (amor-odio); y, 2. favorecimiento de la individuación y coartación de la individuación (no odio-no amor).

De esta manera, la combinación de protección con coartación de la individuación daría lugar al estilo aglutinante (el cual se muestra excedido en función semiótica "madre" e incapaz de tolerar la ruptura de la díada); en cambio, la combinación de favorecimiento de la individuación con desprotección, daría lugar al estilo cismático (el cual aparece excedido en función semiótica "padre" e incapaz de tolerar la contención). En los otros dos lados del cuadrado, la combinación de protección y favorecimiento de la individuación produce la deixis de la salud, la cual implica tolerancia a la ambivalencia; es decir, a la combinación permanente en todas las relaciones humanas del amor y del odio; y en el último lado, la combinación de coartación de la individuación con desprotección, produce la deixis de la enfermedad.

Tabla 1

#### CUADRADO SEMIÓTICO DE LAS FUNCIONES FAMILIARES

Ejes Semánticos	Favorecimiento Individuación	Coartación Individuación
Protección	Deixis Salud	Estilo Aglutinante
Desprotección	Estilo Cismático	Deixis Enfermedad

Como vemos, la dialéctica de esta visión da mejor cuenta de la complejidad del mundo de lo humano, no así los conceptos ontologizados y teológicamente personificados del amor y del odio descritos antes. Pero, sabemos que esta es claramente no dominante en nuestro mundo occidental, donde la mayoría de sus moradores asumimos o una diversidad de fundamentalismos o un cínico pragmatismo capitalista.

Entenderemos mejor esta dialéctica entre el amor y el odio después de estudiar sus orígenes y vicisitudes en los distintos niveles

(individual, familiar y social) según los distintos ámbitos de interacción humana. Para ello, se procederá primero con el origen del amor y del odio en el individuo, luego se proseguirá con lo que ocurre con estos sentimientos en las dimensiones familiar y social.

## EL ORIGEN DEL AMOR Y DEL ODIO A NIVEL DEL SUJETO

### *Teoría objetal del amor del desarrollo temprano*

En la esfera del sujeto, el amor tendría su origen en el ámbito del narcisismo primario, el cual es un movimiento pulsional que emerge desde el nacimiento, o incluso antes, y que engloba tanto al sujeto como a su ambiente. Para estas etapas tempranas, el objeto se puede definir como aquello *por lo que y en torno a lo* que un sujeto organiza su psiquismo ontogenéticamente.

Tal como lo señala Kestemberg, a lo largo de la organización del psiquismo y de la vida del sujeto, las

...catexias y contracatexias narcisistas y objetales originan diferentes equilibrios económicos, que caracterizan en cada momento la estructura psíquica del individuo. El juego de las catexias y las contracatexias induce, a nivel de los comportamientos y las vivencias conscientes, unos modos de ordenación llamados "formaciones reactivas", y un ejemplo perfectamente ilustrativo es el de la desgana que sustituye al apetito y al deseo... (Kestemberg, 1976:263).

Desde una perspectiva ontogenética, el psiquismo se caracteriza por un estado de dependencia vital del recién nacido respecto a su ambiente, y por la confusión del lactante entre lo que le viene de afuera y lo que proviene del interior. Por lo tanto, es a nivel de su cuerpo donde se organizan las actividades de sus instintos en sus modalidades psíquicas. Aunque el ambiente exista antes que el individuo, para que este llegue a reconocerlo, debe antes percibirlo.

Igual pasará con la madre, esta no existirá hasta el momento en que pueda percibirla fuera de sí mismo. En el instante en el que puede emerger del mundo cerrado de los estímulos endógenos, podrá reconocerse también a sí mismo como diferente en relación con lo que le rodea. Las imagos serán, entonces, las primeras representaciones de gratificación y de frustración. Y será aquí, durante cierto tiempo, donde niños y niñas organizarán sus fantasías inconscientes.

Solo tardíamente, según lo dice Kestemberg (1976:266), en el transcurso de los primeros meses de la vida, es que se organizarán las relaciones objetales, surgiendo como entidades separadas el ambiente, por un lado; y el sujeto, por el otro. Este proceso solo es posible si el menor en crecimiento recibe por parte de su madre, una mezcla de tutela y de paulatino adiestramiento en el abandono, y que finalmente producirá un sólido aguerrimiento frente a la soledad (Rof, 1984:200).

Este amor primigenio es fundamentalmente el deseo y la esperanza de ser amado, y cuando ha sido satisfecho durante esta primera etapa del desarrollo psicosexual, permite la construcción de la mismidad y activa la llamada "zona de tres" (o dimensión edipal). Para Jeammet (1989:122), amar es desear poseer el objeto y como nunca se puede conseguir de forma total, a lo largo del desarrollo se llega a descubrir como solución la de intentar ser el objeto amado, para así poder llevarlo dentro de sí mismo, aunque sin perder la propia identidad.

La capacidad normal de enamorarse, y de permanecer enamorado, requiere, por consiguiente, de que se hayan cumplido dos etapas principales del desarrollo: una primera etapa, en la cual la capacidad temprana de estimulación de las zonas erógenas (sobre todo orales y cutáneas), se integre con la ulterior capacidad de establecer relaciones objetales totales; y una segunda etapa, en la que el goce genital pleno incorpora el anterior erotismo de la superficie corporal en el contexto de una relación objetal total, incluyendo una identificación sexual complementaria (Kernberg, 1988:153).

La primera etapa, como continúa diciendo Kernberg (1988: 153), se desarrolla de manera gradual y sutil a lo largo de los primeros cinco años de vida. Está conectada con la normal integración de las relaciones objetales internalizadas, que conduce a un concepto inte-

grado de sí mismo y de los demás, así como a la concomitante capacidad de establecer vínculos profundos con personas significativas (Kernberg, 1988: 153). Los fracasos durante esta primera etapa producen como consecuencia patologías del espectro narcisista. El segundo período corresponde, en cambio, a la exitosa resolución de los conflictos edípicos y a las prohibiciones inconscientes concomitantes respecto de una relación sexual plena. Las fallas en esta segunda etapa se traducen en síndromes neuróticos, en inhibiciones sexuales y en una patología de la vida amorosa resultante de conflictos edípicos no resueltos (Kernberg, 1988: 153).

Esta secuencia del desarrollo de la capacidad de enamorarse y de mantener los vínculos de amor está conectada también con una hipótesis general respecto de las vicisitudes de los derivados instintivos (libidinales y agresivos), según la cual el desarrollo de estos depende de la evolución del desarrollo de las relaciones objetales internalizadas, más que de la sucesiva activación de zonas corporales en sí. Esto es así porque las relaciones objetales endógenas son un factor organizativo fundamental del desarrollo de las pulsiones (Kernberg, 1988: 153).

### *Teoría objetal del odio*

Durante las fases mencionadas antes, según nos dice Melanie Klein (citada por Segal 1985: 58-59), se proyectan los objetos internos y parte del Yo en el exterior, principalmente en la persona que ejerce la función madre. Pero cuando la ansiedad, la hostilidad o la envidia son muy intensos, la identificación proyectada ocurre de otra manera. Primero, lo proyectado es reducido a fragmentos, y cuando estos se proyectan en el objeto, lo desintegran igualmente en fragmentos.

El propósito de esta violenta identificación es doble. Al ser experimentada la realidad (ya sea interna o externa) como persecutoria, se odia furiosamente toda sensopercepción de esa realidad. Al mismo tiempo, se odia al objeto responsable de la percepción, por lo que lo proyectado tiene como propósito la destrucción del segmento frustrante de la realidad y de aquello que lo percibió dentro del sujeto.

Cuando la envidia, por ejemplo, es muy intensa, la percepción de un objeto ideal es tan dolorosa como la experiencia de un objeto malo (frustrante), ya que el objeto ideal provoca una envidia intolerable. El proceso desintegrador no deja indemne al sujeto que lo practica, pues le causa graves daños a su yo. Todos los intentos por liberarse del dolor de lo percibido solo consiguen aumentar el sufrimiento, tanto por la invasión de "objetos extraños" como por la automutilación del aparato perceptual.

Kernberg coincide con esta apreciación, al señalar lo siguiente:

"Con independencia de su origen y de las fantasías inconscientes concretas que abarca, la característica que más impresiona del odio (...), es la intolerancia a la realidad (Kernberg, 1997: 339).

Es el odio, entonces, un afecto agresivo complejo que presenta el anclaje caracterológico antes descrito, el cual incluye racionalizaciones poderosas y con sus respectivas distorsiones del funcionamiento del yo y del superyó. La meta de alguien consumido por el odio es destruir a su objeto, debido a que frustra acumulativamente y genera la sensación de que nunca va a llegar a ser el objeto gratificador con el que se soñaba; pero, a la vez, como es intensamente necesitado y deseado, se procura protegerlo porque algún día podría llegar a dar todo lo esperado.

En la persona dominada por un odio primitivo se produce una defensa destructiva en contra de la conciencia de ese odio con el objetivo de impedir el aperecibimiento de que ese odio existe. La intolerancia a la realidad se convierte en odio a la realidad psíquica, dirigido tanto contra el sí mismo como contra el objeto odiado. ¿Por qué se tiene que negar este odio en forma tan generalizada y abrumadora?

La respuesta es que esa intolerancia es la expresión de los miedos más arcaicos y profundos a perder al objeto amado; a la vez que resulta el mismo sujeto, amenazado por la idea de su propia destrucción debido a este sentimiento.

El odio, dice Kernberg (1997: 342),

existe en una relación dialéctica con el amor. El odio implica un compromiso intenso con un objeto del amor potencial o pasado, un objeto del que en algún momento se tuvo una enorme necesidad. Es por esta razón, que el odio se dirige hacia el objeto frustrante lo mismo que al amado.

Pero también, debe tenerse en cuenta que el odio cumple un papel diferenciador frente a los intentos del amor por hacer desaparecer las fronteras del sí mismo y las del otro a través de una fusión. El odio, por tanto, contribuye a diferenciar el sí mismo del objeto y contrasta el impulso a unirse. De modo que el odio, dice Kernberg,

"puede contribuir a la diferenciación, la experiencia y la puesta a prueba de la fuerza, la autoafirmación y la autonomía personales; puede desplegarse para servir las funciones sublimatorias de la agresión como autoafirmación sana" (Kernberg, 1997:342).

## EL ORIGEN DEL AMOR Y DEL ODIOS A NIVEL FAMILIAR

### *Teoría objetual del amor de pareja*

Para la teoría psicoanalítica de la pareja, lo que más caracteriza al amor es su naturaleza *fásica*. Esta característica consiste en una alternancia de fases, que se activa poco después de la instauración del vínculo amoroso a través del "flechazo", la elección y el enamoramiento, que aunque al principio muestra una secuencia clara, pronto exhibe un entremezclamiento errático de todas sus etapas, sincopadas por el constante intercalamiento de episodios de "luna de miel", de precrisis y de crisis o distanciamiento del objeto.

Durante todo el tiempo en que ocurre esta alternancia en las personas, se manifiesta una importante discapacidad para establecer una relación ambivalente con respecto al Objeto, resistiéndose a admitir la realidad mediante una fijación a los primeros períodos de la relación diádica y mostrando un rechazo total hacia la relación con

aquel, que, después de haber sido idealizado, muestra fallas en la imagen proyectada. Por lo que, a lo largo del proceso, se presentará un funcionamiento de tipo "todo o nada", que impide aceptar una apreciación integrada del Objeto de Amor, manteniéndolo por escisión en absolutamente bueno o malo. Esto se traduce en comportamientos basados en operaciones defensivas que niegan en mayor o menor medida la realidad, y con base en las cuales se justifica la desconfianza, la agresión y el odio contra el objeto.

De esta manera, las personas que gozan de la seguridad procedente de la "experiencia de muerte" del Objeto idealizado, pueden poner más énfasis en la intimidad que las personas que no la han tenido, y pueden lograr relaciones de alta congruencia con su objeto ideal debido a un verdadero amor a sí mismo y al otro. Pero, en cambio, los sujetos ambiguos se caracterizan por fracasar al realizar su deseo de lograr un amor cálido y seguro, porque su ambigüedad les obliga a vivir una paradoja donde la transacción no es posible.

Estas últimas personas, por lo tanto, experimentarán menos intimidad que las personas "seguras" (o con capacidad para tolerar la ambivalencia), pero mayor grado de apego en sus relaciones; subestimarán el amor de su pareja y reclamarán uno más intenso. Estos sujetos tendrán necesidad de sentir dentro de sí mismos un odio (aparentemente injustificado y culpógeno) con respecto al Objeto, pero del cual sienten que no podrían prescindir. Debido a esta "no-renuncia" a esta primera escisión en el interior del Yo, que posibilitaría la reintroyección de los Objetos malos y las malas cualidades, es que se encuentra bloqueado el proceso que conduciría a la posición depresiva kleiniana y bloqueada también la oportunidad de poder construir una nueva relación fundamentada sobre la desilusión, en la fase poscrítica.

Así, el no renunciante asume un papel de víctima, aunque mantiene a su supuesto perseguidor como su Ideal del Yo. En la parte más profundamente reprimida de su inconsciente, el Sujeto que se muestra tolerante se reprochará duramente por las transgresiones imaginarias a las prohibiciones que él mismo le ha permitido dictar a su compañero. Solo este último estará encargado de definir y de representar la "Ley", así como de encarnar la amenaza de castración. Por eso algunos toleran expresiones muy violentas de odio despre-

ciativo, pues no parecen cuestionar su propia integridad narcisista. El odio y la denegación de todo valor en la víctima que emite el perseguidor, no parecen ser sentidos por la primera como expresión de una amenaza de destrucción mortal, física o moral; sino solamente como experiencias merecidas de expiación y castración, que le confirman la necesidad de perfectibilidad (Lemaire. 1986: 253).

Pero, si se dejaran acceder al efecto de los procesos de integración de las partes escindidas del Objeto, estas comenzarían a concebir al Otro y al Sí-mismo como personas totales, y podrían alcanzar la verdadera síntesis del amor y del odio. A través de la cual los sentimientos ambivalentes se vuelven soportables, y es también posible dirigirse a los Objetos primarios y reconocerlos como completos, con sus aspectos malos y buenos, gratificantes y frustrantes. Según Lemaire, cuando el trabajo psíquico de duelo se organiza progresiva y lentamente, la desidealización permite:

...al Sujeto recuperar su juicio y sus capacidades críticas y permite la aproximación entre la imagen interiorizada del compañero y la realidad que este le presenta. Esta menor distancia entre lo "real" y lo "imaginado", creada por las proyecciones, es evidentemente un medio importante de adaptación. El trabajo psíquico de duelo es por lo tanto importante en el plano de la mejora de los modos de comunicación entre los compañeros de pareja, puesto que le permite a cada uno comprender mejor las aspiraciones latentes del otro, en lo que tienen de no correspondientes con sus propias aspiraciones (Lemaire, 1986:202).

La fase de duelo es, por consiguiente, una gran oportunidad para recuperar la autocrítica y por ello es particularmente madurativa. El que acepta esta tarea logra desarrollar su capacidad de *insight* y de encontrar más y mejores recursos para su vida afectiva, porque comprenderá cuáles son los límites de sus propias necesidades.

Finalmente, la cumbre del amor fásico es alcanzar la posibilidad de tener con un Otro, una relación ambivalente donde la contradicción siempre pueda ser negociada. Esta cima no podría ser mejor expresada que con las palabras de Calvo y col. (1982:140):

Compatir (o amar) no es hacer todo con el otro, junto al otro o para el otro, sino enriquecer la relación con experiencias totales vividas fuera de ella, permitiéndose un grado de privacidad que ofrezca la posibilidad de un adecuado reconocimiento de sí. Compartir no es participar en el sentido de ser parte del otro. Así pues, integrarse en la relación con él o los otros no significa perder constantemente partes de sí o tomar partes del otro, sino conectarse-conocerse-dialogar, discriminadamente.

Según estas últimas autoras, el amor es más que unión, es el enriquecimiento de una relación con experiencias separadas que permite el reconocimiento de los propios límites; es decir, de los vacíos o aspectos negativos del sí-mismo y que se constituyen en los fundamentos para la responsabilidad por la propia felicidad, de tal manera que sea posible establecer un contacto discriminado. Solo la negación de la realidad de que el compañero tiene una existencia propia es lo que mantiene la idealización de una imagen que en realidad no existe, pero cuando se logra renunciar a estas satisfacciones narcisistas es cuando se puede volver a una relación ambivalente, con el consiguiente reconocimiento de la autonomía del Objeto de amor y sin limitarlo ya a funciones gratificantes para el sí mismo.

En todo este proceso, aparecerán de nuevo las pulsiones agresivas contra el compañero, lo cual dista mucho de ser patológico, pues son estas las que permitirán el reconocimiento antedicho. Lo enfermizo de esta agresividad puede ubicarse solo en su orientación, en la medida que sea usada para mantener fuera del alcance de la realidad y de toda relación con el mundo a una parte imaginada del Objeto de amor, lo cual estaría ligado a la escisión y a la imposibilidad de reconocer en sí un elemento de odio dirigido hacia la pareja. El amor maduro (o verdadero) en el psicoanálisis se caracterizará, entonces, por tolerancia a la ambivalencia, la cual significa la capacidad para sobrevivir el dolor extremo que provoca la integración de los aspectos opuestos (partes buenas y malas) del objeto y del sí-mismo dentro del yo; y a partir de ahí, realizar la construcción de una nueva relación, esta vez basada en la discriminación de los respectivos sí-mismos.

## *Teoría sistémica acerca del odio dentro de la familia*

Al estudiar y tratar familias con un miembro perturbado emocionalmente, Nathan Ackerman (1993:71) descubrió con asombro que los prejuicios intrafamiliares eran una contradictoria realidad frente a la idea de supuesta unidad y protección familiar en el amor. Éstas son sus reacciones directas:

Un estudio estrecho del proceso emocional de un grupo familiar perturbado sugiere que los modos de buscar por prejuicios un chivo expiatorio, característicos de una familia dada, se organizan de manera irracional alrededor de significados especiales que les son atribuidos a las diferencias entre los miembros de la familia. Los prejuicios de este tipo son de una naturaleza clara y particular. Son diferentes de los estereotipos comunes de los prejuicios en una comunidad más amplia. Son una manifestación recurrente y predecible de la cualidad idiosincrásica de la vida familiar y ofrecen un diagnóstico especial clave para la organización y el funcionamiento emocional de un tipo de familia específico (Ackerman, 1993:72).

Los prejuicios en la vida privada de la familia toman una forma muy diferente de los que se encuentran en la vida pública. Los prejuicios intrafamiliares particulares son reales, abundantes, intensos y de gran alcance en sus efectos, aunque la realidad pseudoconcreta nos diga que los miembros de una familia pertenecen al mismo tipo de gente. En apariencia tienen mucho en común: se parecen unos a los otros, comparten la misma manera de vivir, son consanguíneos. Pero tienen elementos diferentes, a los cuales se les atribuyen significados simbólicos que generan subjetivamente sentimientos como de un claro peligro.

La persona que muestra una diferencia se percibe como extraña: una invasora que amenaza la seguridad de los demás miembros del grupo. Por lo que compartiendo este sentimiento, el resto de la familia ataca a la fuente de la diferencia. En la vida interior de este grupo primario, estos prejuicios se organizan alrededor de cuestiones como

los hábitos de comer o vestir, o en torno a la limpieza y el orden; o alrededor de diferencias tales como el género, la lucha intergeneracional, el manejo del dinero y del poder en conflicto con la espontaneidad y el placer; o en conflictos del cerebro contra los músculos, del liberalismo contra el conservadurismo, la gordura contra la delgadez, la estatura alta contra la baja, la inteligencia contra la estupidez, la piel blanca contra la oscura, la fealdad contra la belleza, entre otras.

Estas situaciones prejuiciosas se vuelven cada vez más rígidas, fijas, automáticas y no aceptan la influencia correctiva de la realidad prevaleciente, y dependiendo de esto pueden ser benignas o sumamente malignas. Así, cuanto más perturbada se muestra una familia, más se inclina a organizar de forma maligna sus prejuicios internos, los cuáles tienden a ser contagiosos, pudiendo llegar a vincular a todos los miembros del sistema.

Se ha encontrado, entonces, que las familias tienden a dividirse en facciones contrarias y que todos los miembros se afilian a una de esas facciones, las cuales compiten por dominar a la otra. Cada bando tiene un jefe y este representa una identidad preferida por la familia y un sistema de valores relacionado con las metas, con los papeles deseados y los complementarios. Cada bando les atribuye un significado específico a las diferencias individuales y organiza, alrededor de estas, instrumentos especializados para buscar por prejuicios un chivo expiatorio.

Un miembro determinado de la familia es elegido como víctima de los ataques por prejuicios, por tener una cualidad individual que lo convierte en expresión simbólica de una amenaza al resto de la familia. El chivo expiatorio es clandestinamente apoyado por una facción, la cual realiza contraataques defensivos. Si el que desempeña este *rol* se alía exitosamente con otro miembro de la familia, sus posibilidades de daño disminuyen a expensas del aliado, pudiendo convertirse este en el nuevo chivo expiatorio. Si la alianza fracasa, el chivo expiatorio original puede aumentar su vulnerabilidad hasta sufrir un colapso mental. También las familias pueden elegir a un miembro en *rol* de "curandero", al cual se le asigna la función de antídoto emocional contra los efectos destructivos de los ataques prejuiciosos. Este papel es aceptado inconscientemente porque ofrece

seguridad contra los ataques. De esta manera, todos los miembros participan en un gran "juego" inconsciente, en el cual una de las reglas les prohíbe metacomunicarse y otra bloquea el abandono del juego (Selvini, 1988:46-56).

## EL ORIGEN DEL ODIOS A NIVEL SOCIAL

A nivel social y cultural, los investigadores Mario Erdheim (1995) y Elisabeth Rohr (1995) han estudiado el origen del odio en el ámbito específico de lo étnico. Los resultados de sus investigaciones confirman los hallazgos hechos por los psicólogos sistémicos en el nivel social compuesto por la familia. Así, coincidiendo con Ackerman, Erdheim nos recuerda que lo extraño también está presente en las imágenes de los padres y de los hermanos. Si esto extraño dentro de la familia puede ser elaborado y superado, sería igualmente una vía para superar la violencia en el encuentro intercultural. Y a la inversa, si estos aspectos no han sido trabajados psicológicamente darán pie para canalizar el odio ante todo aquello que es percibido como diferente.

En relación con el primer trabajo, nos dice Erdheim que: "la identidad étnica delimita la cultura propia de la ajena y genera así una primera orientación en el espacio de la historia".

Tal condición podría convertirse un violento prejuicio: aquel que no reúna los requisitos adecuados (sangre y territorio) estará totalmente imposibilitado para apropiarse de la cultura en la que es residente, y crea el peligro para toda la comunidad de que llegue a darse una mezcla de razas.

Para la construcción de la identidad jugarán, por tanto, un papel muy importante las ideas que se tienen acerca de lo extraño y el comportamiento que se debe tener al respecto. Por ello, no es ninguna casualidad que antes de un estallido de violencia en contra de algún grupo, a este se le despoja inclusive de su condición humana, de tal manera que son transformados en algo tan absolutamente extraño, que la etiqueta de extraterrestres le ajustaría perfectamente.

Según Erdheim, la imagen de lo extraño surge muy precozmente en el sujeto, paralelamente a la que nos proporciona confianza, como por ejemplo, la imagen de la madre. Por consiguiente, lo extraño es aquello que no es la madre y por eso aparece el miedo. Este será raíz para ulteriores agresividades, pues aquello a lo que se teme es identificado con lo malo y si se es fuerte, deberá ser combatido y destruido. El odio y la violencia aparecen como remedios contra el miedo. Aunque el miedo a lo extraño puede ser superado a través de la fascinación que simultáneamente suscita, pues en este se encuentra la oportunidad para obtener aquello que lo propio no puede dar.

En la representación del extraño se proyectan todos los monstruos propios, produciendo como ganancia el sentir lo propio como completamente bueno. La gran desventaja de este comportamiento es que el odio no logra alcanzar su meta de liquidar lo malo, pues este se recrea continuamente en el interior. La gran virtud de lo extraño es su posibilidad de enfrentarnos con nosotros mismos y generar crecimiento como tolerancia a lo ambivalente. Se puede decir, por tanto, que la cultura es aquello que surge de la confrontación con lo extraño, y es representada por el producto de la transformación de lo propio mediante la incorporación de lo ajeno.

Lo extraño nos incita a ver nuestro propio mundo y nos tienta a salir de él, pero cuando por medio del miedo nos cerramos frente a lo que no conocemos, lo extraño se convierte en un enemigo que debe ser rechazado con violencia. Aunque son nuestras propias partes malas escindidas las que resultan como ajenas y las que nos convierten en temerosos e inflexibles. Así que, en tanto el ser humano siga proyectando sobre la naturaleza, en el diablo o en los otros, lo que realmente se encuentra dentro de sí mismo, se moverá en el nivel de la magia o del fundamentalismo religioso, permaneciendo impotente frente a la realidad.

La violencia contra los extranjeros se muestra como un síntoma que evidencia el agotamiento de una cultura en su potencial de transformación.

Con respecto a la relación de familia y cultura, debemos recordar las palabras de Lévi-Strauss: La familia no es el elemento fundamental de la sociedad y no es tampoco su producto. Lo más correcto sería decir que la sociedad solo puede existir si entra en contraposición con

la familia. Esto también destaca lo extraño dentro de la familia en la medida en que se vuelve simbiótica; es decir, resistente a desligar a sus miembros.

Los hallazgos de Elisabeth Rohr, por otro lado, coinciden con los de Erdheim, pero, además, ella encuentra que frente al extranjero se producen respuestas diferenciadas según el género. Esta autora encontró que las estrategias masculinas para la solución de conflictos fueron las fantasías de devaluación y aniquilamiento; y que en cambio, las femeninas fueron el abrazo materno, la infantilización y la desexualización del extraño y de sí mismas.

## LA REIVINDICACIÓN DEL ODIO

Hemos partido en esta exposición de cómo Occidente tuvo la oportunidad histórica de incorporar la dialéctica en su concepción del mundo; y cómo escogió y sigue escogiendo el camino del dualismo racionalista.

En esta ponencia se propone la reivindicación del odio en la educación en todos sus niveles, como uno de los pasos para poder convivir sostenible y ecológicamente con los demás seres humanos y con el medio ambiente natural. Es indispensable que en Occidente, como dice Whitmont, dejemos de lado la patología común que reprime el dominio de Dionisio, debido a que esa represión escinde la realidad, y nos lleva por vía de la despersonalización, a la práctica de un odio disociado y la insensibilidad frente a la humanidad.

Una evidencia acerca de esto es la destructividad contemporánea, la cual se expresa ahora con más sofisticación y con mayor extensión que en cualquier otra época de la historia humana. Los ejemplos de esta sutil guerra son: la violencia doméstica, el holocausto vial, la corrupción de los gobiernos, la injusticia socioeconómica, la incapacidad para mantener la seguridad ciudadana y la criminalidad ecológica. No hay sociedad occidental que pueda considerarse libre de estos flagelos.

Y no se podrá cambiar la praxis mientras no modifiquemos las concepciones mediante las cuales hemos creado un amor y un odio

como principio dormitivos o profecías autocumplidoras, puesto que con esta perspectiva lo único que hemos logrado es perpetuar el contexto problemático. Cuanto más insistamos en el amor idealizado y en la necesidad de dar muerte al odio (como dice el Concilio Vaticano), menos podremos encontrar las soluciones a los problemas derivados de la violencia y la destrucción del medio ambiente. Tenemos que educar, como ha señalado Savater en su reciente visita, acerca de esta imperiosa reivindicación del odio.

Las razones para esta acción se han expuesto en esta ponencia al revisar los orígenes del amor y del odio. A lo largo de la esta, hemos comprendido como el odio es un aspecto constitutivo de la subjetividad y que sirve de valioso instrumento para convertirnos en personas autónomas, capaces de establecer relaciones de solidaridad y de tolerancia con aquellos que nos rodean. El odio enfermizo solo puede ser "controlado" si todos y cada uno de nosotros le otorga "cédula de identidad" a su odio interno, pues como hemos visto, aceptar ese odio implica automáticamente aceptar la realidad que le dio origen.

#### BIBLIOGRAFÍA

Ackerman, N. (1993). "Los prejuicios y el chivo expiatorio en la familia". En: Zuk G, Boszormenyi-Nagy I (1993). *Terapia familiar y familias en conflicto*. México: Fondo de Cultura Económica.

Aristóteles (1998). *Metafísica*. Madrid: Gredos.

Calvo I., Riterman F., Calvo T. (1982). *Pareja y familia*. Buenos Aires: Amorrortú.

Concilio Vaticano II. (1991). Documentos completos. Bogotá: Ediciones Paulinas.

Erdheim, M. (1995). "Lo propio y lo ajeno". *Actualidades en Psicología*, 11(87):19-32.

- Gispert, C. (Ed.) (1987a). *Enciclopedia Autodidáctica*. Barcelona: Océano.
- \_\_\_ (1987b). *Diccionario Enciclopédico*. Barcelona: Océano.
- Jeammet PH, Reynaud M, Consoli S. (1989). *Psicología médica*. Barcelona: Masson.
- Kernberg, O. (1988). *La teoría de las relaciones objetales y el psicoanálisis clínico*. México: Paidós.
- \_\_\_ (1997). *La agresión en las perversiones y en los desórdenes de la personalidad*. Buenos Aires: Paidós
- Kestenberg E, Kestenberg J, Decobert S. (1976). *El hambre y el cuerpo*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Kornblit, A. (1984). *Semiótica de las relaciones familiares*. Buenos Aires: Paidós.
- Lemaire, J. (1986). *La pareja humana*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Rof, J. (1984). *Biología y psicoanálisis*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Rohr, E. (1995). "Fascinación y miedo". *Actualidades en Psicología*, 11 (87).
- Segal, H. (1985). *Introducción a la obra de Melanie Klein*. México: Paidós.
- Selvini, M. (1988). *Paradoja y contraparadoja*. Barcelona: Paidós.
- Ubieta, J. (ed). (1975). *Biblia de Jerusalén*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Whitmont, E. (1998). *El retorno de la diosa*. Barcelona: Paidós.